

**DISCURSO DE INGRESO DEL LIC. MANUEL GARCIA
AREVALO COMO MIEMBRO DE NUMERO DE LA
ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA,
PRONUNCIADO EL 5 DE DICIEMBRE DE 1989**

**Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del
Descubrimiento de América**

Como una especial distinción, los honorables miembros de la Academia Dominicana de la Historia me han conferido el honor de ser escogido para ocupar el asiento que quedó vacante con la sensible desaparición del eminente académico Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, quien con erudición y lucidez presidió por muchos años esta benemérita institución, consagrando su talento y voluntad tesonera al cultivo de la historia.

Rodríguez Demorizi ha sido el más fecundo de los historiadores dominicanos. En una febril actividad intelectual, incursionó en los más diversos campos del quehacer científico, artístico y literario. A él se deben enjundiosos trabajos sobre artes plásticas, lingüística, música, folklore, geografía, narrativa, periodismo y crítica literaria, así como estudios biográficos, para sólo citar algunas de las áreas de su mayor interés.

Durante más de medio siglo aparecieron, con una regularidad casi cronométrica, sus colecciones de documentos para la historia de la República Dominicana, que supo no sólo ordenar y comentar juiciosamente, sino editar con primoroso cuidado, en volúmenes que hoy forman parte de más valioso legado que historiador alguno haya hecho al país en este siglo.

Quiero reconocer, señores académicos, que no será fácil emular el ejemplo de mi ilustre antecesor, pero el honor que



me han dispensado al permitirme ocupar su asiento en el seno de esta docta corporación, comprometo enteramente mi gratitud hacia ustedes y estimula mi interés en el estudio de la historia.

Hoy, 5 de diciembre, día en que se celebra el Descubrimiento de la Isla Española o de Santo Domingo, tengo la satisfacción de presentar mi discurso de ingreso y cumplir con uno de los preceptos reglamentarios que rigen esta prestigiosa entidad, al incorporarme como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia.

EL IMPACTO DEL DESCUBRIMIENTO

El relevante significado histórico y cultural de la fecha escogida por Monseñor Hugo Polanco Brito, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, para este acto de incorporación, me ofrece la oportunidad para reflexionar sobre la trascendencia universal del Descubrimiento de América, máxime cuando dentro de muy pocos años habrá de conmemorarse el Quinto Centenario del acontecimiento que dio inicio al dramático encuentro de dos continentes y al enriquecedor surgimiento de un mundo nuevo.

Es ésta una formidable ocasión para hacer un balance de ese hecho histórico excepcional, del cual debemos extraer enseñanzas que nos conduzcan hacia una mayor conciencia de nuestra realidad como pueblo iberoamericano, y arribar así a unas conclusiones que nos permitan asumir un compromiso con el futuro, que represente el esfuerzo de todos por labrar un porvenir más digno para la nación.

El siglo XV abrió una nueva etapa en la historia de la Humanidad. Fue en esa centuria cuando cerró su ciclo milenario la Edad Media, dando paso a las nuevas corrientes renacentistas. El progreso técnico y los avances en el desarrollo incipiente de la ciencia provocaron decisivos cambios en la mentalidad europea, estimulándose el espíritu investigador y el sentimiento crítico e iniciándose, además, una etapa extraordinariamente fecunda en las humanidades y en las artes.

El Descubrimiento de América, ocurrido en las postrimerías de aquel siglo, vino a ser la culminación de un proceso de incesante búsqueda de nuevos horizontes ultramarinos y el



umbral de la Edad Moderna. Las repercusiones de ese magno suceso fueron exaltadas por el cronista Francisco López de Gómara quien, al dedicar al Emperador Carlos V su Historia General de las Indias, inicia su obra con estas conocidas palabras: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo crió, es el descubrimiento de las Indias; y así, las llama Mundo Nuevo”.

En su dimensión europea, el Descubrimiento y todos los hallazgos que ocurrieron después desataron una cadena de acontecimientos de indudable trascendencia para la Humanidad. Como apunta el americanista Silvio Zavala en su “Examen del título de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América”¹, hay que tomar en cuenta la revolución científica y tecnológica provocada por este hecho singular, que conlleva a poner de relieve la empresa de Cristóbal Colón, la cual, sin ser la primera ni la única dentro de los grandes descubrimientos, tiene su significación propia que merece ser recordada con primacía.

El Descubrimiento de América sentó las bases para un mejor saber acerca del globo terráqueo, de las rutas marinas y de las dimensiones continentales, así como de la habitabilidad de algunas zonas ignotas, influyendo profundamente en la formación de una idea más acabada de nuestro planeta y del universo.

De la misma manera que ya en adelante la historia de América tendría como hito la indeleble marca hispánica o colombina -por lo que se suele hablar de época prehispánica o de período postcolombino para señalar un antes y un después-, no es menos cierto que Europa también quedó irreversiblemente uncida a la realidad americana, incorporándola como algo consustancial a su devenir histórico.

Asombra ver el impacto que tuvieron en el Viejo Mundo los productos americanos. No sólo por el extraordinario volumen de los metales preciosos, sino también ese aporte -cada vez más valorado- que representó para el régimen alimenticio y las costumbres europeas el maíz, la batata, la papa,

1) Quinto Centenario, No. 12. Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1987, págs. 33-40.



el cacao, la vainilla, el tomate y el colorante obtenido de la cochinilla.

La extraordinaria novedad de haber llegado a un mundo desconocido, revolucionó el saber y la cosmovisión de la época, sacudió las tradicionales concepciones ideológicas, dio rienda suelta a la utopía y nutrió la literatura y el arte. Con la invención de la imprenta y el Descubrimiento de América —hechos sobresalientes con los que finaliza el siglo XV—, se inició una etapa de renovación y modernidad que modificó el curso de la historia universal.

Para Alejo Carpentier², con el descubrimiento, exploración y conquista de América el hombre tomó conciencia plena del planeta donde le había tocado vivir. Con esos acontecimientos vertiginosos desaparecían las tierras incógnitas de los viejos cartógrafos, los océanos tenebrosos de las consejas antiguas y, de acuerdo con la profesía de Séneca, la Isla de Tule, o sea, Islandia, dejaba de ser el límite de la tierra. Se hizo entonces clara la esfericidad terrestre y no cupo ya dudas de que al otro lado de la Mar Océana existía un vasto continente que planteaba a la Humanidad una serie de problemas, muchos de los cuales empiezan a resolverse en el siglo XX.

INTERACCION ENTRE LA TEORIA CIENTIFICA Y LA PRACTICA TECNOLOGICA.

El Nuevo Mundo no encajaba dentro del contexto de las Antiguas Escrituras. El ciego respeto a la autoridad de los autores clásicos, matizado después por el cristianismo, fue una barrera efectiva que se opuso durante siglos al progreso de la ciencia. Todavía en el siglo XV mantenían plena vigencia los postulados greco-romanos en materia de geografía, cosmografía y astronomía, al grado que el compendio de Ptolomeo (siglo II, d.C.), que había llegado al ámbito cristiano a través de los árabes, conformó la concepción del universo hasta Copérnico.

No fue hasta los aportes de Copérnico, Galileo, Kepler y

2) Sobre La Habana (1912-1930)", Conferencias. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1987. pág. 59.



Newton cuando cobró auge la teoría heliocéntrica en lugar de la geocéntrica. De esta manera, se colocaba al sol como centro del cosmos, en vez de la tierra, rebasando así la interpretación de los textos canónicos. La fe y la ciencia contraponían, en aras de la verdad, ante el desafío planteado por los descubrimientos geográficos. Se comenzó a prestar mayor credibilidad a la observación directa que a las concepciones de los antepasados. El protagonismo del descubridor y el testimonio del cronista estaban llamados a dar la última palabra, confirmándose o rectificándose la teoría con la práctica. En este sentido, tal y como señala Luis Arranz Márquez: “...el siglo XV y la época de los grandes descubrimientos geográficos de portugueses y españoles significaron una conjunción armoniosa entre lo que se sabía o creía y la experiencia de unos hombres temerarios llamados descubridores”³.

La nueva tierra impuso voces y experiencia renovadoras, que irían moldeando profundos cambios en la conciencia europea, al margen de las viejas doctrinas que propiciaban una concepción cerrada y providencialista del mundo.

Esa visión emergente de la cosmografía, ese avance de la navegación, el perfeccionamiento de la cartografía, la superación de los presagios, supersticiones y leyendas existentes desde la Edad Antigua y aún vigentes durante toda la Edad Media, sobre las desconocidas extensiones oceánicas del Atlántico y la habitabilidad de los trópicos, ese inmenso estímulo para la indagación naturalista y antropológica, se deben en gran medida al hecho de producirse el Descubrimiento de América.

LAS TINIEBLAS DEL OCEANO

Desde la Antigüedad se fue arraigando la creencia en un mundo teratológico, localizado en regiones lejanas a la porción de la tierra habitada y conocida, sin que faltaran en él las recreaciones mitológicas de animales fantásticos y seres monstruosos, como dragones y sirenas, aves fénix y grifos, lo mismo que amazonas, antropófagos, centauros, cíclopes y pigmeos,

3) “Los Viajes de Colón”, Cuadernos Historia 16, No. 116. Madrid, 1985, pág. 4.



junto a bestias marinas que atrapaban y hundían las naves.

Ante el peso de tal herencia no ha de sorprender que a la primera oportunidad se precipitara la imaginación de los descubridores y se relacionara o tratara de identificar lo que se veía en el Nuevo Mundo con tales portentos. De este modo, Colón, deslumbrado por la exótica belleza de las islas que descubre, confunde lo real con lo ilusorio y hasta es posible que le embargara una cierta desilusión cuando, en su célebre carta anunciando el Descubrimiento, dice que no había encontrado monstruos, o que aquellas tres “sirenas” que halló en ese primer viaje —que no eran otra cosa que manatíes—, lucían menos bellas que como se solían pintar⁴.

ISLAS FANTASTICAS Y TIERRAS MITICAS

Asimismo, otras fábulas y leyendas que se daban por ciertas, desde la Antigüedad, unidas a la superstición medieval, avalaban la creencia de que en el océano o Mar Tenebroso se localizaban islas y parajes fantásticos, como la isla de San Brandán, la isla de las Siete Ciudades y la isla Antilia, que evoca la Atlántida de Platón, o se relaciona con las teorías de Aristóteles, Estrabón y Ptolomeo, entre otros tantos tratadistas clásicos y medievales que dejaban entrever la existencia de islas y lugares remotos y afortunados más allá de las “Columnas de Hércules”.

En esta misma creencia cobra fuerza el interés de ubicar la existencia de lugares bíblicos como el Paraíso Terrenal, Tarsis y Ofir, entre otros parajes referidos por las Sagradas Escrituras y que los geógrafos cristianos sintieron la necesidad de localizar imaginariamente en los mapas de la época⁵.

- 4) Luis Arranz Márquez, op. cit., y la documentada obra de Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento I. Colón y su tiempo*. Alianza Editorial, Madrid, 1989. Sobre la referencia de las sirenas y la mitificación de América, ver también José Juan Arrom, “Manatí: El testimonio de los cronistas y la cuestión de su etimología”. *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 2, Octubre de 1972, págs. 33-38, y *La otra hazaña de Colón*. Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1979.
- 5) Acerca de estas islas fantásticas y tierras míticas, abundan los ejemplos en Juan Gil, op. cit. Es significativo igualmente el artículo de Fco. José Arnaiz, S. J., titulado “Aquellas islas de la fantasía”, en *Más luces que sombras*. Colección V. Centenario, Santo Domingo, 1989, págs. 19-23.



EL TEMOR A LAS ANTIPODAS

Se temía, además, por la existencia de las antípodas, que suponía la presencia de una zona tórrida, de calores excesivos y escasas lluvias, con un anticúmulo meridional bañado por el mismo océano, sujeto a una gravitación paralela, por lo que esos inimaginables antípodas estarían “suspendidos cabeza abajo” y cuya existencia llegaba a considerarse doctrina “perversa y peligrosa”, sobre todo en aquella etapa medieval en que la geografía era esclava del dogma, pues el creer que había habitantes en el plano opuesto del globo era aceptar la existencia de pueblos que no descendían de Adán⁶.

Ante tales convicciones dogmáticas tuvo que enfrentarse Cristóbal Colón en el Consejo de Salamanca, para defender —como bien ha dicho Washington Irvin— la causa del Nuevo Mundo⁷, o mejor aún, su gran intuición de buscar el Levante por el Poniente, pues ni siquiera el propio Colón se imaginaba la existencia de América en medio del océano. Por lo que no es extraño que el Almirante, aferrado igualmente a tales creencias abonadas por la fantasía, muriese en la convicción de haber llegado al Oriente y llamase Indias a estas tierras.

Paolo Emilio Taviani, al hablar de cómo “se disipan las tinieblas del océano”, en su libro *Cristóbal Colón, génesis del Gran Descubrimiento*⁸, dice: “El miedo de ir a las antípodas era algo más que el miedo a lo desconocido; era una incógnita que durante siglos había sido alimentada por la fantasía de todos —cultos e incultos—; una fantasía desenfundada por falta de nociones precisas”.

Agrega Taviani, al discurrir sobre este tema: “Hoy estos simples partos de fantasía parecen increíbles, pero en aquel entonces hallaban crédito no sólo en los dibujos y en los poemas de los artistas, desde Pulci hasta Ariosto, sino también

- 6) En torno a las objeciones de que las antípodas estuviesen habitadas, resulta ilustrativo el libro de Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, págs. 60-64.
- 7) *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*. Tercera edición. Libro II, Capítulo IV. Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Madrid, 1954, pág. 18.
- 8) Instituto Geográfico de Agostini, Editorial Delta, Barcelona, 1983, pág. 117.



entre los estudiosos. Excitaban la imaginación de los marineros y los dejaban más que temerosos, aterrados ante los largos viajes oceánicos”.

“Las leyendas eran muchas, empezando por la de las Columnas de Hércules, el paso abierto hacia el vacío, de los abismos. La tradición clásica de las “columnas” había perdido gran parte de su valor después del Descubrimiento de Madera y las Azores”.

“Sin embargo, no se había extinguido el temor a lo desconocido; sólo se había hecho retroceder unos centenares de leguas. Y se habían multiplicado, además, los inverosímiles y espeluznantes fantasmas del océano, llamado precisamente Mar Tenebroso”.

“Se había ampliado el orbe conocido, pero más allá quedaba siempre una vastísima incógnita: las antípodas”.

LA UNIVERSIDAD DE LA HISTORIA

El viaje de Cristóbal Colón rasgó el velo del misterio que hasta entonces había ocultado lo desconocido, para dar paso a nuevas realidades, produciéndose uno de los mayores cambios de rumbo del acontecer histórico. Quedaron atrás las dogmáticas concepciones del pasado, se ensancharon los saberes geográficos, se arrinconaron miedos y leyendas, dando inicio a una era de amplias proyecciones, que abrió de par en par el portón de la modernidad que otros pronto continuaron y completaron.

Nuevos espacios, nuevas gentes, nuevas formas y posibilidades de vida se conocieron a partir de este acontecimiento de tan relevante significación. Comenzó entonces la verdadera historia universal, o el inicio de la universalidad de la historia.

EL RENACER DE LA UTOPIA

Los primeros cronistas y propagadores del Descubrimiento —entre ellos Colón, Vespucio, Cuneo, Anglería, Oviedo, Gómara y Ramusio—, al ensalzar estas tierras y a sus naturales



fueron creando con sus emotivas impresiones⁹, una reacción de hondas y prolongadas repercusiones, contribuyendo así al nacimiento del mito de una “sociedad idílica”, fundamentada en la creencia del “buen salvaje”¹⁰.

El hecho de haber llegado a una tierra nueva y habitada, comparable con el Paraíso Terrenal, la Tierra Prometida, el Jardín de las Delicias o el Edén, hace que el europeo relativice su propio pensamiento y su concepto de la sociedad, tomando así un nuevo giro las teorías que se tenían por ciertas y únicas acerca de Dios, la naturaleza y el mundo.

Ante la idea de que las sociedades humanas podían ser más justas y disfrutar de un mayor grado de felicidad, viviendo en estado de naturaleza, como en los tiempos idílicos de la Edad Dorada, cobró fuerza la concepción de un mundo utópico entre los humanistas europeos, siguiendo la gran tradición iniciada en la filosofía griega con La República de Platón, quien ya en la antigüedad formulaba el ideal de un Estado y una sociedad armónicas basados en la perfección de la justicia, y se reanuda con la Utopía (1516) de Tomás Moro, o en el pensamiento filosófico de Montaigne, quien influenciado por La Boétie, inmortaliza en sus Ensayos al “buen salvaje” en el capítulo dedicado a Los caníbales, reconociendo en los indígenas americanos un sentido de dignidad humana y libertad, contrapuesto a la realidad circundante en Europa, sumergida entonces en un caos de irracionalidad y violencia. Lo mismo sucede en la Ciudad del Sol (1623) de Campanella, así como la Nueva Atlantis (1626) de Francis Bacon, para culminar finalmente con el Emilio (1762) de Juan Jacobo Rousseau, quien convierte tales ideales en dogma político.

9) Con respecto a la actitud de los primeros cronistas ante los indígenas y la naturaleza americana, véase Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzálo Fernández de Oviedo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978; y Ricardo Alegría, *Las primeras representaciones gráficas del indio americano 1493-1523*, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Barcelona, 1978.

10) Hay una reinterpretación de esa base mítica, a la luz de la realidad latinoamericana, en la obra de Carlos Rangel, *Del buen Salvaje al buen revolucionario*. Monte Avila Editores, Caracas, 1977.



Durante el Renacimiento proliferaban las utopías al calor de la fuerte conmoción provocada por el Descubrimiento de América en los humanistas. Erasmo de Rotterdam, con su *Elogio de la locura* (1511), fue uno de los primeros en incursionar en los predios de la visión utópica, y la literatura erasmista, no sólo se convirtió en un movimiento purificador de la conciencia europea, sino que influyó notablemente en las élites coloniales indianas¹¹.

Pero fue con la obra de Tomás Moro —tal vez el exponente más clarificador del impacto del Descubrimiento del Nuevo Mundo en el humanismo más reformador e inconformista— cuando definitivamente toma cuerpo y forma la utopía renacentista, convirtiéndose su *Utopía* en la más importante de cuantas se escribieron durante aquel período de auge cultural. La utopía moreana se inserta en la corriente del más acendrado humanismo cristiano. Su visión de un mundo ideal parte de un análisis de las condiciones socio-económicas de la época, para plantear la existencia de una sociedad feliz basada en la equidad y en el estado de razón.

Para Moro, la justicia y la felicidad provienen de la instauración de un orden económico fundamentado en la igualdad social en consonancia con la naturaleza, tal y como se concebía en la teoría del “buen salvaje”. Por tal razón, no ha de resultar extraño que el humanista inglés sitúe imaginariamente en el Nuevo Mundo la creación de su república ideal o estado utópico.

LA UTOPIA AMERICANA

En la práctica esta sociedad igualitaria, influida por las corrientes utopistas de la época, había sido planteada ya en el marco de la nueva realidad del mundo indígena tras la conquista, por Fray Pedro de Córdoba en Cumaná y Las Casas en

11) En el caso de la isla Española consultar la obra de José Almoina, *La Biblioteca Erasmista de Diego Méndez*. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol. XXXV, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1945; al igual que el artículo de Pedro Henríquez Ureña, *Erasmistas en el Nuevo Mundo*, en “*La Nación*”, de Buenos Aires, del día 8 de diciembre de 1935. El resurgimiento de la utopía como una consecuencia directa del Descubrimiento del Nuevo Mundo lo explica Germán Arciniegas en su obra *América en Europa*, Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1975.



la Costa de Paia, y posteriormente en Guatemala. Ambos pretendieron aislar a los aborígenes del dominio directo de los colonos para crear comunidades perfectas, mediante su conversión a la fe cristiana.

A mediados del siglo XVI, esta utopía fue ensayada por Vasco de Quiroga con los pueblos-hospitales en Michoacán, lo mismo que por Fray Jerónimo de Mendieta, Fray Juan de Zumárraga y Fray Pedro de Gante, en otras partes de México.

Posteriormente fue formulada por el franciscano Fray Luis de Bolaños y llevada a su perfección con la organización social que realizaron los jesuitas en las reducciones guaraníes del Paraguay, donde se intentó materializar el sueño de construir una “república teocrática, una ciudad de Dios en la selva”.

UTOPIA Y LIBERTAD

También en *La tempestad* (1623) de Shakespeare encontramos la imagen del “buen salvaje”, como sinónimo de perfecta integración y armonía entre el hombre y la naturaleza, así como de igualdad entre los seres humanos. En esta obra del célebre dramaturgo inglés resurgen los grandes tópicos renacentistas de la utopía filosófica, los márgenes del conocimiento humano y la vinculación entre individuo y naturaleza. Shakespeare, como muchos de sus coetáneos, quedó maravillado por los resultados de los viajes y descubrimientos iniciados a finales del siglo XV, de donde tomó esa imagen del “buen salvaje”, asociada a la igualdad, a la libertad y a la felicidad de los seres que viven cerca del estado de naturaleza, que es —tal y como ha dicho un ilustre pensador latinoamericano— el concepto más importante que surge del hallazgo del nuevo mundo¹².

Muchas de estas ideas ya señaladas se dejarían sentir en los enciclopedistas franceses, especialmente entre Montesquieu, Voltaire y Rousseau, influyendo así en los planteamientos ideológicos de la Revolución Francesa¹³.

12) Arturo Usler Pietri, “El mito americano”. *La otra América*. Editorial Alianza. Madrid, 1974, pág. 31.

13) Acerca de la concepción antropológica de Voltaire, Rousseau y otros pensadores del siglo XVIII, remitimos al lector a Michèle Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las luces*. Siglo XXI Editores, México, 1975; Urs Bitterli, *Los “salvajes” y los “civilizados”*. El encuentro de Europa y Ultramar. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.



En un ciclo de retorno, estas ideas ingresarían a América y formarían la doctrina del movimiento emancipador que profirió las independencias de nuestras naciones, bajo la forma revolucionaria de los derechos naturales del hombre.

LA RIQUEZA AMERICANA Y SU IMPACTO EN EUROPA

Por otra parte, la abundancia de los metales preciosos extraídos de América —de las minas de Guanajuato, Popayán, Potosí y Zacatecas, entre otras— se tradujo en un alza de precios en la Europa del siglo XVI y estimuló el mercantilismo y el comercio mundial, acelerando el proceso de acumulación de capitales, fundamental para el desarrollo del capitalismo moderno. Por lo que acertadamente el filósofo y economista Adam Smith, apuntó, en su obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776), que: “El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los acontecimientos más grandes e importantes que se registran en la historia de la humanidad”¹⁴.

Como bien señala Earl J. Hamilton en el prefacio de su libro *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*: “Ningún otro período de la historia ha experimentado tan grande incremento proporcional en la producción de metales preciosos como el ocurrido en los comienzos de la conquista de México y Perú. Una pequeña parte de tesoros se obtuvo en las Antillas antes de 1520, pero los más descabellados sueños de los conquistadores quedaron superados al ser descubiertas las fabulosas minas del continente, en Nueva España, Perú y Nueva Granada. Derramados sobre Europa en cantidades gigantescas, el oro y la plata americanos precipitaron la revolución de los precios, la cual a su vez influyó de forma decisiva en la transformación de las instituciones

14) Con relación a los conceptos de Adam Smith en cuanto al desarrollo del capitalismo, los descubrimientos y la formación del mercado mundial, véase Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Capitalismo e historia: La escuela escocesa*, cap. 4. Editorial Crítica. Barcelona, 1982. Págs. 78-97.



sociales y económicas en los dos primeros siglos de la Edad Moderna”¹⁵.

En cuanto a la contribución del área del Caribe a este caudal de riqueza, sobre la cantidad de oro extraído durante las dos primeras décadas de la época colonial, el historiador americanista Guillermo Céspedes dice que: “Una estimación total podría cifrarse en no menos de 30,000 kilos, cantidad muy superior a la totalidad de la producción de Europa en esos años y también por encima del total de oro recogido por los portugueses en Africa”, señalando éste autor que “la mayor parte de la producción, quizás el 80o/o del total, provino de la isla Española”¹⁶.

LA DIETA AMERICANA

En el aspecto del aporte nutricional de América al viejo continente, cabe resaltar la importancia del maíz como forraje y alimento humano, así como de la papa, la cual se adaptó adecuadamente a las condiciones climatológicas y al suelo de Europa, contribuyendo de manera particular a la reducción del flagelo ocasionado en la población por las cíclicas hambrunas¹⁷.

De igual forma, la preferencia por los productos americanos, entre los cuales se hallaban también el cacao, el tomate y el tabaco, además del azúcar de caña —que aunque conocida

15) Editorial Ariel, Barcelona, 1975. pág. 9.

16) Historia de América Latina I, La Conquista. Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 314. Otros datos relativos a la producción aurífera y sus características en la isla Española se encuentran en Frank Moya Pons. Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro. Alianza Editorial, Madrid, 1987.

17) A este respecto, resulta de interés consultar el trabajo de Alfredo W. Crosby “Agricultural influence of America in Europe”, ponencia presentada el 8 de diciembre de 1988 en la conferencia “Encuentro de Dos Mundos”. La Española, Umbral de América”, celebrada en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.



ya, se elaboraría en gran escala en los ingenios antillanos y brasileños¹⁸ —, no sólo cambiaron los hábitos alimenticios del Viejo Mundo, sino que fue factor de motivación importante para la implantación de nuevas técnicas de cultivo y sistemas de tenencia de la tierra, que harían posible la revolución agrícola y el aumento demográfico en ese continente. Estos hechos constituirían, en buena medida, la antesala de la revolución industrial y de los grandes movimientos democráticos.

A su vez, en el escenario americano, los animales traídos por los europeos, como el caballo y el asno, ampliaron las posibilidades de transporte de persona y de cargas, acortando distancias y salvando obstáculos. Del mismo modo, el buey y la vaca incorporaron su fuerza, carne, leche y cueros, al igual que la oveja, que sumó su lana. Adicionalmente, el cerdo, la cabra, la gallina, fueron otras de las fuentes nutricionales que se agregarían a la zoología local, sin desdeñar otros renglones alimenticios, tales como el trigo, la uva, la naranja, el limón, el arroz, el guineo, y más tarde, el café y el mango.

LA INTEGRACION TRICONTINENTAL

En el caso de Africa negra, el Descubrimiento representó una verdadera hecatombe para ese continente mágico. Cerca de veinte millones de esclavos africanos fueron sustraídos de su lar nativo durante los tres siglos y medios que duró el sistema esclavista, siendo obligados a trabajar bajo dramáticas condiciones en plantaciones, factorías y minas explotadas por los europeos y sus descendientes en el Nuevo Mundo.

Los esclavos negros eran capturados en las latitudes comprendidas desde el río Senegal, al noroeste, hasta el territorio de Angola al sur del río Congo, muchas veces como consecuencia de los enfrentamientos entre sus reyes y jefes tribales, para luego ser vendidos a mercaderes árabes y transportados

18 En cuanto a la caña de azúcar y su importancia socioeconómica para la isla de Santo Domingo durante el período colonial, ver a Frank Moya Pons en "Hacia una Nueva Economía: Surge el Azúcar (1519-1522)", *La Española en el Siglo XVI, 1493-1520*. UCMM, Segunda Edición, Santiago, 1973, págs. 243-268. Igualmente, a José Chez Checo y Rafael Peralta Brito, en *Azúcar, Encomiendas y Otros Ensayos Históricos*, Ediciones Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1979.



en largas caravanas hasta la costa, desde donde eran embarcados a América, principalmente por traficantes portugueses y holandeses, quienes a su vez fueron seguidos por los ingleses y franceses y, de manera ocasional, por suecos, daneses y prusianos¹⁹.

Por otro lado, el intento tráfico de esclavos, a quienes denominaban por su color “piezas de ébano”, dio origen al “comercio triangular” entre Europa, Africa y América, mediante el envío de materias primas y mercancías manufacturadas, en un ciclo que envolvía a los tres continentes.

A su vez, los ingleses, atraídos por las noticias del árbol del pan y en interés de obtener un alimento adecuado para los esclavos que laboraban en sus posesiones antillanas, exploraron en el siglo XVIII las lejanas islas hawaianas del Pacífico, introduciendo por esta vía el pan de fruta en nuestra zona tropical.

EL APORTE AFRICANO

La presencia africana en la actual fisonomía americana y particularmente en el Caribe es incuestionable. El esclavo negro en América no sólo aportó el fruto de su esforzado trabajo, sino que de forma gradual se fue incorporando a la sociedad colonial, tanto en el aspecto racial como cultural, enriqueciendo, entre otras cosas, el folklore nacional, especialmente en los campos de la música y la religiosidad popular. Además, numerosos productos agrícolas africanos fueron cultivados con éxito en América, como en los casos de la caña de azúcar, el plátano, el guineo, el ñame y el café²⁰.

19) Para ampliar las características de la esclavitud en La Española, remitimos al lector a la obra de Carlos Esteban Deive, *La Esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 tomos, Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975. También Ricardo Alegría, “Los orígenes de la esclavitud negra”, publicado en la obra *Descubrimiento, Conquista y Colonización de Puerto Rico, 1493-1599*, Colección de Estudios Puertorriqueños, Barcelona, 1969, págs. 98-114.

20) Para una ampliación de este tema, resulta ilustrativo el libro *Africa en América Latina*, bajo la relatoría de Manuel Moreno Fragnals. Unesco Siglo XXI Editores, México, 1977.



ASIA EN AMERICA

Asia también estableció contacto con América a través del Pacífico, en especial con el “Galeón de Manila”, que enlazaba las posesiones españolas de las Filipinas con el puerto mexicano de Acapulco, abriendo paso a la influencia oriental, la cual se dejó sentir en las modas, la alimentación, las artesanías y el arte popular del virreinato de la Nueva España. Estimulándose, así, el intercambio con China, mediante el comercio de seda, porcelana, especias, marfil, jade y artículos laqueados, entre otras manufacturas.

De igual manera, durante el siglo XIX, con la prohibición de la trata negrera pasaron a América millares de peones asiáticos, mayormente chinos, llamados culíes, que laboraron en los más variados oficios. Aún en la actualidad, muchos pueblos asiáticos, al igual que otras sociedades subdesarrolladas, ven en América y sobre todo en los Estados Unidos, una opción de libertad y de reinicio de una vida económicamente estable, alejados de sus convulsionados países. Como también sucedió con los pilgrims del Mayflower, en el siglo XVII, que huían de las persecuciones religiosas y sociales en Inglaterra y encontraron en el Nuevo Mundo espacio para el desarrollo de sus comunidades.

SIMBIOSIS CULTURAL

Bien podemos decir que con el Descubrimiento se encontraron dos mundos disímiles en su cultura material y espiritual, fusionándose y transformándose desde entonces, por lo que ya nada volvió a ser igual que antes. De la confluencia y mutua interacción entre lo europeo, lo indígena y lo africano, se forjó esa realidad distinta, que es hoy América.

Como acertadamente lo señala Arturo Uslar Pietri en su obra *La otra América*²¹, el rico proceso de encuentro y mezcla de los europeos, indios y negros en el continente americano es lo que determina la originalidad de los hispanoamericanos. Para el escritor venezolano, el mestizaje cultural ha sido fecundo, poderoso y creador, pese a las pugnas feroces, la re-

21) “El mestizaje creador”, op. cit., pág. 21.



sistencia pertinaz y la sumisión lograda con la fuerza de las armas. Por eso, en su libro *En busca del Nuevo Mundo*²², Uslar Pietri advierte que por un incomprensible y anti histórico concepto de pureza, los hispanoamericanos han visto la condición de su mestizaje como un sello de inferioridad, sin detenerse a considerar con orgullo que precisamente en este aspecto estriba lo más valioso y original de su condición humana. Es por así decirlo, el ingrediente que le confiere un carácter distintivo a su personalidad social.

Infructuosa tarea sería hoy tratar de separar lo que la historia misma se ha encargado de integrar armoniosamente en el amplio abanico étnico que caracteriza el perfil americano.

SANTO DOMINGO. PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

A Santo Domingo le tocó ser la antesala de ese portentoso hecho que constituyó la conjunción de ambos mundos, con sus secuelas de mestizaje, transculturación y sincretismo. Fue en este territorio insular de La Española donde por primera vez se verificó la fusión de las tres razas que habrían de formar el crisol americano.

Recordemos que, Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), recoge para Santo Domingo la designación de “Cuna de América”, por haber sido el único lugar del Nuevo Mundo habitado por españoles durante los quince años inmediatos al Descubrimiento, y el primero en el que se implantó la cultura europea. Nuestra isla fue, en efecto, la primera en ostentar blasones antiguos y emblemas académicos. Aquí se edificaron villas y ciudades con un trazado muy similar al de las españolas, se levantaron iglesias, hospitales, escuelas y viviendas que evidenciaban la voluntad colonizadora de España, su austeridad y su poderío.

Tuvimos, antes que ningún otro territorio en América, sedes episcopales, un tribunal de la Real Audiencia, la más vieja universidad del continente y toda una pléyade de cronis-

22) Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pág. 13.



tas, teólogos, poetas y médicos que habrían de proyectarse ulteriormente a las posesiones coloniales de Tierra Firme.

Con sobrada razón exclamó en 1750 Fray Bartolomé de Villanueva: “Todas las cosas de la ciudad de Santo Domingo de la Española son primadas”. Felipe II, a su vez, la llamó “llave, puerto y escala de todas las indias”, subrayando con esta honrosa designación el hecho de iniciarse aquí la luminosa historia del continente²³. Por lo cual se impone, con carácter prioritario, que se otorgue a la ciudad de Santo Domingo el merecido reconocimiento de ser considerada Patrimonio de la Humanidad.

EL ESPLENDOR COLONIAL

La implantación de la huella española en la Isla de Santo Domingo no produjo una cultura de oropel, como tampoco lo fue el resultado de la presencia cultural de España en otros lugares, como México y Perú, donde surgían más tarde los enclaves urbanos de mayor notabilidad en el continente.

El arte colonial en la América hispanica, lejos de ser una simple imitación de modelos europeos, es el resultado de un intenso y prolongado mestizaje cultural, por tanto, recoge las características y el vigor de esta nueva realidad. A las reminiscencias y rasgos del gótico, el plateresco y el mudéjar se superponen las expresiones del barroco hispanoamericano, patente en el vigoroso estilo arquitectónico que exhiben los templos y monumentos de las centenarias ciudades de Puebla, Tlaxcala,

23) Emilio Rodríguez Demorizi, Discurso en la inauguración del II Congreso Hispanoamericano de Historia. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1957; ver también su obra España y los comienzos de la Pintura y la Escultura en América Prólogo por el Marqués de Lozoya, Gráficas Reunidas, S. A., Madrid, 1966; así como Bernardo Pichardo, Reliquias Históricas de La Española, Segunda edición Editorial El Diario, Santiago, Rep. Dom. 1944; Joaquín Balaguer, Guía emocional de la Ciudad Romántica, Santo Domingo, 1974. En relación a las edificaciones coloniales de Santo Domingo, véase la documentada obra de Erwin Walter Palm, Los Monumentos arquitectónicos de la Española, 2 tomos, universidad de Santo Domingo, Barcelona, 1955; María Ugarte, Monumentos coloniales. Publicaciones del Museo de las Casas Reales, Barcelona, 1977; y Eugenio Pérez Montás, Monumentos arquitectónicos y arqueológicos de la República Dominicana. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1984.



Cuzco y Quito, que constituyen las vertientes artísticas culminantes del genio criollo en América, durante el período colonial.

En el plano histórico, filosófico y literario ahí están las creaciones que nos legaron el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón, tres escritores hispanoamericanos que supieron colocarse, por sus crónicas, poemas y obras teatrales, a la altura de las más altas cumbres del barroco español.

Con lo cual podemos colegir que la acción de España en América procuró ser, en lo esencial, una obra de trasplante poblacional, una empresa de fomento cultural palpable en el legado de la lengua castellana, de la religión católica, de la agricultura y de las instituciones políticas, administrativas y culturales, cuya trascendencia ha llegado hasta nuestros días, conformando costumbres y tradiciones que son parte sustantiva de la identidad hispanoamericana, aunque matizada por las características de cada región en particular.

Esto así, porque España supo incorporar a la emergente sociedad colonial, la experiencia, la expresividad y la idiosincrasia propia del mundo autóctono americano, cuya presencia —aún viva y palpitante en vastas zonas del continente— marca, junto al valioso aporte africano, la diversa y particular originalidad que exhiben los países iberoamericanos, producto de ese íntimo y prolongado proceso de transculturación mediante el cual dos o más pueblos participan, fusionándose sin perder su cultura y fisonomía racial únicas.

EL LEGADO ABORIGEN

Si bien es cierto que la cultura europea se volcó desde el principio sobre la cultura aborígen, fue también en nuestra isla donde los europeos quedaron profundamente influidos por las costumbres nativas y donde aprendieron los primeros vocablos autóctonos que, con el transcurrir de los años, no sólo pasarían al castellano, sino que alcanzarían una amplia aceptación universal.

Como bien dice don Emilio Tejera, en su obra *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo* (1935): “en esta isla vivieron, y de aquí salieron a realizar su temeraria empresa,



casí todos los hombres que conquistaron el continente, y cuando en la fauna y en la flora de los países recién descubiertos encontraban algo igual o parecido a lo que habían conocido en la española, le aplicaban los mismos nombres que habían aprendido en ella. Muchas de estas voces sustituyeron, al menos en las regiones ocupadas por los conquistadores, a los nombres aborígenes, y llegaron hasta España de tal modo que hoy millones de habitantes de las tierras donde señorea el noble idioma de Castilla pronuncian cada día las mismas palabras que usaban hace siglos los primitivos moradores de esta isla. Cacique, hamaca, maíz, sabana, tabaco y muchos otros vocablos que ahora forman parte del léxico español, son voces indígenas de Santo Domingo²⁴.

Ninguna otra palabra como huracán, expresa mejor en varios idiomas la incontenible fuerza de los vientos tropicales. Vocablos como casabe, batata, ají, evocan la significación que tuvo la dieta aborígena en los nuevos hábitos que adquirían los conquistadores en la realización de su empresa. Del mismo modo, los términos bohío, hamaca, barbacoa y batea, evidencian el grado de asimilación de las técnicas Taínas por parte del colonizador. Por otro lado, la palabra canoa sería recogida por el notable gramático Antonio de Nebrija en su Diccionario Castellano (1493), a sólo un año del Descubrimiento, simbolizando así la incorporación temprana del léxico americano a la cultura europea.

LA GENESIS DEL INDIGENISMO

Otro de los aspectos que hacen de Santo Domingo un centro de especial significación para América y el mundo, es el hecho de que aquí surgió la ideología indigenista y la resistencia indígena: ideas y acciones con que se trató, desesperadamente, de defender a los aborígenes y de preservar la cultura

24) Recogido por Emilio Tejera en *Indigenismos*, tomo I. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Barcelona, 1977, págs. XII-XIII. En cuanto a la influencia de los vocablos indígenas en el castellano, véase también Pedro Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires, 1938; así como "Indigenismos", en *El Español en Santo Domingo*. Cap. VII, Buenos Aires, 1940; págs. 119-129. Lo mismo que en el libro de Manuel Alvar, *España y América Cara a Cara*. Editorial Bello, Valencia, 1975.



ra nativa, sin que pudiera intuirse entonces que, a partir del Descubrimiento de América, unos y otros, conquistadores y sojuzgados, dominadores y subordinados, se verían envueltos en un transformador proceso de transculturación, mediante el cual ambos grupos, en uno y otro lado del Atlántico, se vincularían para siempre

Los aborígenes no se entregaron a su triste suerte ni sometieron su voluntad a la férrea dominación del conquistador. Lucharon por sobrevivir y oponerse a las penosas tareas que les habían sido impuestas en las minas y las plantaciones, tratando de mantener sus creencias y sus ídolos, sus costumbres alimenticias y su lengua

Si bien es cierto que su población fue diezmada por el impacto de la conquista, siglos después el heroísmo y las desventuras de la raza autóctona de Quisqueya, resurgen en la exaltación de los poetas, narradores y artistas que, desde el siglo XIX e impregnados por el romanticismo, evocan el pasado indígena como expresión de filiación telúrica y símbolo de identidad, para asumir con el indigenismo una posición nacionalista.

El Enriquillo de Manuel de Jesús Galván (1882), las Fantasías indígenas de José Joaquín Pérez (1877), el poema Anacaona de Salomé Ureña (1880), el “Caonabo encadenado”, del escultor Abelardo Rodríguez Urdaneta, o la “Prisión de Caonabo” del pintor Luis Desangles son sólidas muestras del indigenismo dominicano, que hoy tienen su continuidad en el trabajo creador de artistas plásticos, de diestros artesanos y de distinguidos escritores, como lo prueban las obras Indios de Juan Bosch (1935), Ciclos de nuestro origen de Claudio Soriano (1980), Marcio Veloz Maggiolo con su novela para niños De donde vino la gente (1979), y la obra teatral de Juan Carlos Mieses titulada La cruz y el cetro (1985), en la cual aparecen los conquistadores españoles encarnados en la férrea personalidad de Nicolás de Ovando, enfrentados a la población indígena, representada por la hermosa Anacaona.

A su vez, la arqueología —ciencia que en los últimos años ha alcanzado en el país una verdadera madurez profesional— ha estudiado sistemáticamente los vestigios culturales de las etnias aborígenes que poblaron la isla, ofreciendo una visión retrospectiva sobre los modos de vida durante el pasado pre-



histórico, tal y como expuso el fenecido arqueólogo Emil De Boyrie Moya en su brillante discurso de ingreso a esta Academia de la Historia, titulado *La Posición Cultural de Santo Domingo en la Arqueología Indo Antillana*²⁵.

LA DEFENSA INDIGENA

En La Española, la resistencia indígena a la conquista asomó desde el primer viaje descubridor. En el Golfo de las Flechas, según expresión de Emilio Castelar: "...cayó allí la primera sangre india vertida en tales encuentros", sucediéndose a menudo los enfrentamientos, desde la destrucción del Fuerte de la Navidad por obra de Caonabo, hasta que el indómito cacique Enriquillo logra doblegar a los esforzados combatientes castellanos en la escarpada sierra de Batoruco, concertando hacia 1533 un acuerdo de paz con el emperador Carlos V, en un gesto sin precedentes en la historia americana.

En cuanto a los derechos de los indios, éstos encontraron en los dominicos a sus mejores aliados. Los valientes frailes —oponiéndose con denuedo a la común opinión de quienes, apoyándose en un antiguo postulado aristocrático, pretendían negar a los indios su plena condición humana, y por tanto un trato equitativo, reduciéndolos a la servidumbre—, emprendieron la defensa de los nativos en aquel célebre sermón de Montesino, que puso en jaque no sólo la autoridad de los encomenderos, sino también la legitimidad de la propia conquista²⁶.

Hombres como Pedro de Córdoba, Antonio Montesino,

25) Clío, Año XXV, No. 112, Santo Domingo, 1975. Ver también MarcioVELOZ Maggiolo, *Arqueología Prehistórica de Santo Domingo*, McGraw-Hill Far Eastern Publisher(s), Ltd., Singapore, 1972; Manuel Mañón Arredondo y Fernando Morbán Laucer, *Antropología y Arqueología Quisqueyana*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1967.

26) Acerca de la actitud asumida por la comunidad de los frailes dominicos en defensa de los indígenas de la Isla Española, ver Fray Bartolomé de Las Casas, en su conocida obra *Historia de las Indias*, al igual que Fray Juan Manuel Pérez o. P., *Estos ¿no son hombres?* Ediciones Fundación García Arévalo, Segunda Edición, Santo Domingo, 1988; asimismo, Fray Vicente Rubio O. P., en Fray Pedro de Córdoba. *Padre de los Dominicos de América*. Casas Reales, Núm. 18, Santo Domingo, 1988.



Bernardo de Santo Domingo Bartolomé de las Casas y el teólogo y jurista Francisco de Vitoria, representaban la otra cara de la conquista española. Su lucha por la justicia y la libertad en América, su apoyo a la causa de los oprimidos y sus campañas en favor de los indios constituyen una conmovedora demostración del espíritu que animaba a los primeros evangelizadores.

Los frailes llevaron sus protestas y argumentaciones hasta la Corona, logrando que se dictaran leyes que regulasen los derechos de los aborígenes y las relaciones entre estos y los españoles. Aquel acto de justicia no sólo contribuyó al reordenamiento jurídico entre la metrópoli y las posesiones ultramarinas, sino que dio apertura a un encendido proceso de autocrítica de hondas repercusiones en España y América.

CONQUISTA Y AUTOCRITICA

España fue, para decirlo sin ambages, la única potencia colonialista que permitió la crítica de su propia dominación en territorios ultramarinos. Ninguna otra metrópoli, antes ni después, produjo tan acerbo cuestionamiento de su hegemonía colonial. Para ir aún más lejos, no sería desmesurado afirmar que en esos enérgicos postulados humanistas encontramos la semilla de lo que luego serían las luchas libertarias en favor de la independencia de nuestros respectivos países.

No en vano nació en Santo Domingo lo que el eminente historiador Lewis Hanke denomina con acierto, el primer clamor por la justicia en la conquista de América²⁷, cuando gracias a las denuncias de Córdoba y Montesino se cuestiona la validez moral y jurídica de la conquista y se aboga por el respeto a la integridad social de las etnias indígenas oprimidas.

Ese planteamiento que, en una acción sin precedentes en los anales del humanismo cristiano, reconoce el derecho

27) Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949; y *Estudios sobre Fray Bartolomé de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969.



No se trata de una romántica resurrección del pasado, como tampoco de imaginar cándidamente un nuevo orden ideal. Debemos, pues, plantearnos seriamente la necesidad de una visión de futuro, pragmática y coherente, para emprender sin vacilaciones —como bien ha señalado Uslar Pietri—, la tarea de planear, a la luz del desequilibrio entre recursos y necesidades, un proceso armónico que asegure la supervivencia y el bienestar del ser humano³⁰.

El propio Rey de España, en el discurso que pronunció el 11 de octubre de 1984, puntualizó que: “La magna labor cumplida en quinientos años no debe inducirnos a una contemplación estática de las merecidas glorias de nuestras naciones. Nuestro balance ha de ser también riguroso. De tal balance habremos de extraer las conclusiones que nos conduzcan a cooperar cada vez más estrechamente en lo cultural como en lo económico, en lo tecnológico como en lo educativo, para mejorar día a día la condición de nuestros pueblos”.

En tal sentido, el pasado no debe verse con sentimiento de culpa, o como un obstáculo. Gracias al pasado poseemos hoy un presente, sobre el cual debemos apoyarnos como punto de partida, para alcanzar lo que queremos y podemos ser, si comprometemos la voluntad y la capacidad colectiva para su logro.

FUNCION DE LA HISTORIA

La historia, considerada una disciplina medular de las ciencias sociales, cobra una dimensión especial en la actualidad. Examinando con rigor los procesos históricos, incrementamos nuestra comprensión de la dinámica social y podemos arribar al esclarecimiento de los más acuciantes problemas de nuestro tiempo, revelando las legitimaciones en que se apoya la aceptación del presente. “Porque la historia —dice Leopoldo Zea— no es un puro acumular hechos históricos, es, también la toma de conciencia de los mismos, la búsqueda de su sentido”³¹.

30) “Mañana es hoy”, *La Otra América*, op. cit. pág. 224.

31) *América en la Historia*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1970. pág. 49.



El hombre, a juicio de José Ortega y Gasset, se va haciendo en la serie dialéctica de sus experiencias y la misión de la historia es precisamente desentrañar los enigmas de ese sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única. El pasado nos vincula al presente y nos permite proyectar el futuro, y la historia —ciencia del pasado— es la única ciencia del futuro, en el sentido más preciso en que una ciencia del futuro es posible. En suma, como apunta Ortega, el hombre no tiene naturaleza sino historia; el hombre necesita una nueva revelación y ésta sólo puede provenir de la razón histórica³².

La historia tiene algo de visionaria, pues ve la realidad en movimiento, en tensión hacia metas nuevas, en transición hacia nuevos ideales. Quinientos años es un buen trecho, es un largo camino, es disponer de un apreciable cúmulo de experiencias y de visiones, para cimentar el presente y forjar el mañana que deseamos alcanzar. En tal sentido, recojo el pensamiento de su Santidad el Papa Juan Pablo II, al afirmar que: “Reflexionar en el pasado es cargar con la responsabilidad del futuro”.

1992: REENCUENTRO IBEROAMERICANO

Para concluir, deseo evocar las palabras pronunciadas por S. M. el Rey Juan Carlos de España, en la inauguración de la Conferencia Iberoamericana de Comisiones del Quinto Centenario, celebrada en San Juan de Puerto Rico el 26 de mayo de 1987, cuando dijo que: “...hoy, unos y otros perseguimos el mismo objetivo, de cara a 1992 y más allá: cómo hacer que nuestra comunidad se inserte de una manera más decidida y más activa en la realidad internacional de nuestro tiempo”.

Ya antes, Pedro Henríquez Ureña en su visión utópica concibió a América como “patria de la justicia”, sobre la cual decía que: “La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más”. Enfatiz-

32) Historia como sistema. Colección Austral, núm. 1440, Espasa-Calpe, Madrid, 1971.



zando, asimismo, que: “Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia”³³.

Pienso que uno de los desafíos que plantea la conmemoración del medio milenio de nuestra existencia histórica consiste en lograr que la comunidad iberoamericana formule una estrategia global de desarrollo e integración regional. De la misma manera que en 1992 habrá una comunidad europea sin ataduras de fronteras económicas y políticas, las naciones americanas, en esta coyuntura de profundos replanteamientos geopolíticos, deben esforzarse para hacer más efectiva la cooperación y más íntimas las relaciones, en un marco de democracia y respeto a los valores nacionales de cada pueblo en particular.

En lo que a nuestro país concierne, debemos plantearnos la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América con un sentido de oportunidad concreto y optimista, con una mayor confianza en nosotros mismos, imbuidos del profundo significado de universalidad y modernidad que representó este hecho histórico, con el propósito de abrir las puertas a nuevas y fecundas formas de acercamientos multilaterales.

Llenos de fe, voluntad y coraje, navegantes y colonizadores arribaron a estas tierras y, amalgamados con los pobladores indígenas y los esclavos africanos, forjaron un Nuevo Mundo. Estas fibras espirituales deben estar presentes para cincelar un destino promisorio para la República Dominicana en el concierto de las naciones americanas y de la comunidad internacional, hoy cada vez más interdependientes; en un mundo donde la economía, la tecnología, las migraciones y las comunicaciones han estrechado las dimensiones del planeta.

El reto está lanzado. A nosotros, historiadores de hoy, nos toca contribuir a la búsqueda de las soluciones urgentes que nuestra sociedad y nuestro tiempo reclaman a la luz de las experiencias del pasado.

33) La Utopía de América. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, págs. 5 y 11.

